

DE LA RAZON A LA PASION DE ESTADO

Desarraigado el hombre moderno de su asiento sobrenatural, la razón se constituye en su único apoyo firme y seguro. Pero no es la «ratio» entendida como remate del todo, como «logos» universal, sino la razón como propiedad de cada hombre, la razón individual. Su análisis particularista va escindiendo el conjunto armonioso del cosmos cristiano en esferas distintas, animadas de mutuos antagonismos. La realidad política es la primera que se erige en esfera perfectamente autónoma e independiente, dirigida por su propia razón particular: la «razón de Estado».

Sobre la base de tal idea se opera la desvinculación del mundo político respecto del moral y religioso. El príncipe debe aprender a poder no ser bueno, si así lo exige la necesidad que rige toda vida humana. Alejado de las potencias trascendentes, el hombre queda solo con las fuerzas que le dió la naturaleza para luchar contra las demás fuerzas naturales. El poder del pecado, sometido por la ética cristiana, ganaba una victoria decisiva: era reconocido como mera fuerza natural, con la que había que contar o contender en un estricto cálculo racional.

Los límites entre la «razón de Estado» y cualquiera otra suerte de motivaciones eran trazados por Maquiavelo con el vigor elemental que caracteriza a las creaciones del Renacimiento. El camino recto de la moral cristiana era sencillamente sustituido por el otro camino recto de la utilidad del Estado, llegando a sus últimos resultados sin incurrir en conflictos de preferencia, íntimos rompimientos y dramáticas tensiones. La férrea doctrina de la «necessità» resolvía cualquier posible discrepancia con la religión y la moral y reducía el obrar del político a resuelta unidad. La teoría de la «razón de Estado» era enunciada por el pensador italiano con una rudeza y acometividad que nunca dejarían de sorprender con escándalo o, a veces, con admiración.

Pero, aunque tales características respondieran a realida-

des políticas de la época, no podían menos de despertar reacciones o intentos de acomodamiento, e incluso en los medios más propicios. El sentido cristiano de la vida perduraba íntegro en muy importantes sectores de la sociedad o resonaba de manera clara todavía en las ideas morales y jurídicas secularizadas. Aparte de las réplicas que arrancan de actitudes netamente religiosas, el mismo Bodino, frente a Maquiavelo, religa nuevamente la realidad política con la esfera ética, si bien se halle ésta reducida al mínimo. En la formación del Estado moderno con los factores racionales mézclanse otros antiguos, no racionales, de orgullo caballeresco, afán de hazañas o motivos confesionales. Y, de otra parte, la estructura estamental de la sociedad constriñe en límites estrechos el juego de la «razón de Estado». Por debajo del rigor extremado de algunos de sus teóricos, el Estado absoluto encontrábase sometido en su acción a límites de carácter ideal o práctico.

Ciertamente que la «razón de Estado» ha ido desarrollándose e infiltrándose aun en sectores hostiles, pero ha perdido el carácter ilimitado y riguroso con que nació, y ha tratado de acomodarse, en mayor o menor grado, a requerimientos de orden moral. La «razón de Estado» se articula, como ha puesto de relieve Meinecke, entre dobles pretensiones: al lado de los motivos utilitarios aparecen otros ideales, de índole más o menos limpia y consistente, pero que impiden que la acción política descienda por entero al campo de los meros intereses materiales, situándola en esa zona de claroscuro, llena de tensiones y dramatismos, característica de la época moderna. La persistencia del Derecho natural con tantos ecos cristianos, la estructura orgánica de la sociedad, la comedida potencia de los instrumentos estatales, el paralelo desarrollo de las nacionalidades europeas, dan al juego de la «razón de Estado» un sentido, hasta cierto punto, de medida y equilibrio.

* * *

La Revolución francesa significa una ruptura en tal estado de cosas. El monismo maquiavélico recobra elemental vigencia y trastorna hasta sus cimientos la estructura de la vida social en todos sus órdenes. Tanto mayor cuidado tendrían

luego los hombres de la Restauración en poner cortapisas y límites al libre desenvolvimiento del interés estatal. Adquiere la vieja tradición de la «*communitas christiana*» nuevo aliento y pone mutuos contrapesos entre los Estados europeos en trance de decidido desarrollo. La cruel experiencia que Europa vivió a principios de siglo es lección provechosa de moderación para toda la centuria en el uso de los últimos recursos de la «razón de Estado». El pacifismo del siglo XIX, tan denigrado en los últimos tiempos, como propio de una época cómoda, empequeñecida y burguesa, encubría una difícil sabiduría. Dábanse cuenta los gobernantes decimonónicos de que la política expansiva de los modernos Estados monárquicos se movía sobre un terreno mucho más peligroso que el de los anteriores siglos; que poderosas fuerzas subversivas estaban esperando para irrumpir a que el arte político marcara un rumbo falso. El político que en mayor medida demostró inclinaciones belicosas sabía muy bien hasta dónde se podía llegar. «Hoy más que en ninguna otra época de la historia —decía Bismarck al Zar en la histórica entrevista de 18 de octubre de 1887— es interés de las grandes monarquías evitar la guerra.» El siglo XIX es una muestra constante de arte político sobre la manera de evitar o localizar las últimas manifestaciones de la «razón de Estado».

Pero, a mediados del siglo, comienzan a variar las condiciones en que dicha razón se mueve. Tanto la sociedad como la economía, la técnica y la vida espiritual transfórmanse desde sus fundamentos y se lanzan a un desarrollo, cada vez más rápido, productor de espléndidos frutos en el terreno de la civilización, pero que se demuestra amenazador para la verdadera cultura y de una manera inmediata para la sociedad y el Estado. La expansión del capitalismo pone medios materiales al servicio de la guerra, que en una primera etapa facilitan, por la acertada concentración de esfuerzos, el desenlace de las contiendas, pero que, aumentando luego de manera insospechada, producen una peligrosa saturación bélica, que dificulta y hace extraordinariamente costosa la decisión, y, de otra parte, ofrecen a las apetencias de poder tentaciones desconocidas cuando la «razón de Estado» trabajaba con medios más modestos. El desarrollo fáustico de la técnica moderna pon-

dría de relieve cuán saludable fuera la limitación de los instrumentos de poder tanto para Europa como para cada uno de sus Estados.

Porque esas solicitudes ambiciosas no iban dirigidas a círculos reducidos, sino a un sujeto mucho más amplio y pasional que en tiempos de las guerras dinásticas. Con el desarrollo de la industria concurriría una democratización de la política europea, que, lejos de llevarla por los cauces pacíficos que se prometían a principios del siglo los teóricos de la democracia, tendría como consecuencia una expansión e intensificación del nacionalismo belicoso. Antes la segregación de una provincia podía dar solución a un conflicto armado; ahora sería ocasión permanente de resentimientos y revanchas. El odio político calaba el corazón de cada ciudadano, y el conjunto nacional se asimilaba el espíritu militarista de ciertos grupos sociales, potenciándolo con el oscuro calor popular y sirviéndolo con una colosal organización racionalizada.

Al mismo tiempo el proceso de debilitación de las normas morales, en marcha desde el comienzo de la época moderna, entraba en una rápida etapa de evolución a finales del siglo. La contención que habían impuesto a las fuerzas demoníacas de la «razón de Estado», primero las ideas confesionales, luego el ideal humanitario de la Ilustración, más tarde el moderno individualismo, con la rápida crisis de éste, es más tenue cada día. Así la «razón de Estado» se encuentra en una situación de franco desequilibrio: mientras se acentúa la inclinación de la vertiente material, debilitase en proporción inversa el sesgo de la otra cara que mira hacia el reino de la moral y del espíritu.

* * *

La Guerra Europea es la explosión súbita producida por tales factores. De dimensiones desconocidas en la historia es la catástrofe, pero aún quedan resortes salutíferos en la vida europea. Quedan las organizaciones políticas monárquicas, con un sentido de responsabilidad y sacrificio; impera un criterio objetivo en las instancias supremas de la guerra; el viejo sentido de comunidad europea logra mantener una estructura de cierto equilibrio en el continente; como un efluvio de idealis-

mo parece renacer en los pueblos vueltos a la paz. Pero los frutos son en realidad bien escasos; la atmósfera continúa cargada de tensiones, y el período de la entreguerra resulta de continuo desgarrado por resentimientos, odios y amenazas; propiamente ha vuelto a desaparecer la neta distinción entre la guerra y la paz, y lo que se vive entre las dos contiendas mundiales es un período mixto, una pausa para que los personajes se repongan y vuelvan a desempeñar sus papeles con redoblado tesón. Lo que en el primer acto quedó iniciado o en esbozo, ahora se prolonga con trazos más firmes. La técnica ha dado un nuevo paso y ha acabado de implicar en su fase productora o destructiva toda la vida del país. El nacionalismo confundido con un avanzado sentido democrático y social se ha infiltrado profundamente en la entraña del pueblo, que resulta enteramente puesto al servicio de fines bélicos. Las pretensiones ideales han sido recortadas a su medida, en forma de estrecha y egoísta ideología, o bien se mueven en una vaga atmósfera de generalizaciones, pero dirigidas por los hilos ocultos del interés; y lo formal y relativo en política acaba por erigirse con rango de absoluto.

Tales condiciones no constituyen, ciertamente, buen clima para el juego de la «razón de Estado». La bipolaridad ideal y utilitaria entre que giraba se ha roto por el peso de la segunda. La técnica ha llevado a sus últimos extremos la aplicación de la razón, pero la mera técnica pertenece al reino de lo natural. Su enorme desarrollo ha ido unido con un proceso de materialización en amplios sectores de la vida, que trata de extenderse al conjunto de la economía espiritual. Se ha objetivado extraordinariamente la razón, logrando portentosas realizaciones; pero diríase que el hombre ha perdido con tal derroche la posibilidad de emplearla debidamente en la esfera subjetiva, más difícil y delicada. Los éxitos materiales alcanzados han desarrollado en el hombre un sentimiento de orgullo y señorío ilimitados, que pretende vencer toda suerte de obstáculos en el campo de la vida social con no menos facilidad que en el campo de la naturaleza. Las prevenciones, reservas y cautelas, y todo el juego ponderadamente sutil de la «razón de Estado», ha sido sustituido por una gestión simplista, rígida, mecánica. No sólo se ha mecanizado la guerra; tal fenómeno parece ha-

berse extendido también a la suprema dirección del instrumento bélico, y de la estrategia haber pasado a la «razón de Estado».

A su servicio corren raudales de energía, con ímpetu y obstinación. En su última etapa el Estado moderno ha pretendido abarcarlo y movilizarlo todo para sus fines bélicos; ha pretendido activar al hombre desde su raíz, aprovechando al efecto, sin reparo, la fuerza agitadora del principio revolucionario y el señuelo del mito como instrumento incitador de las fuerzas instintivas. La razón estatal ha querido aprisionar en sus cuadros incluso a la reacción voluntarista contra el racionalismo del siglo XIX. Mas la ambiciosa operación era demasiado aventurada. Las potencias irracionales que se pretendía domeñar hanse rebelado contra el proceso de racionalización, infiltrándose en la medula motriz de la gran organización estatal. La técnica misma, con sus portentosas posibilidades de desarrollo, ha venido, bajo la forma de mágicas promesas, en auxilio de las fuerzas irracionales, y abriendo, de otra parte, hondas heridas con sus tremendas destrucciones, ha dejado al descubierto las profundidades abisales de la naturaleza humana.

La «razón de Estado» maquiavélica era la resultante de un complejo de naturalismo, voluntarismo y racionalismo, que se ha ido desarrollando con ganancia aparente del último, para verse a la postre frustrada. Cruzado con la concepción naturalista ha conseguido el racionalismo ciertamente resultados extraordinarios, proporcionando al hombre el dominio sobre amplios sectores de la naturaleza y de la vida social; pero el gran aparato que ha conseguido construir ha acabado por absorber en su montaje toda la razón, y no le queda norma ni principio que oriente su rumbo. La totalización racional ha acabado por significar el triunfo del voluntarismo. En la larga lucha entre la «virtú» y la «fortuna», aquélla ha venido a tomar un sentido de resuelta decisión que, en forma a veces de extremo heroísmo, trata de vencer ciegamente las leyes del destino. Y así vemos cómo es hoy vulnerada esa ley de ponderación y de equilibrio, consustancial con la historia de Occidente, y se desconocen los más elementales requerimientos de la economía del dolor y del instinto de conservación.

El problema tradicionalmente planteado en torno a la «razón de Estado» era el de moralizar la fuerza, encontrar un acomodo entre la ética y la utilidad. Pero hoy el centro de gravedad que ofrece la problemática de la «razón de Estado» se ha desplazado, adentrándose en la razón misma. Tan alejada se encuentra de los supremos valores, tan cargada de elementos de orden inferior, que lo cuestionable no es ya sólo la relación entre la moral y la «razón de Estado», sino la racionalidad misma de esa razón.

El gran Leviatán que ha terminado, al fin, por constituirse sobre la base de una enorme racionalización de la vida, resulta que tiene muy endeble cabeza. Su motor y su guía es un corazón cruel. Apenas si obedece a razones, aunque esté hecho de carne racional. Los latidos de la pasión le llevan. Y la va dejando tras sí. Pasión impulsiva y pasión de sufrimiento. El remate de tanta envanecida razón, como ya anticipara Saavedra, aquel gran europeo, cuando fracasara la misión de su patria, está siendo «la locura de Europa».

Y ya sólo parecen aplicables a nuestros días los negros trazos de una estampa profética, acaso para que así, cumplida la prueba, en bíblico contraste, sintamos allá lejos un vislumbre de esperanza, más puro y sobrenatural desde la sima en que se debate el destino del hombre moderno impulsado por su ambiciosa y empequeñecida decisión intramundana, convulso, entenebrecido, «mientras no sea derramado sobre nosotros un espíritu de lo alto, y el desierto se torne vergel, y el vergel venga a ser selva, y el derecho more en el desierto y la justicia en el vergel». (Is. XXXII-15.)

LUIS DíEZ DEL CORRAL.